

HISTORIA MEDIEVAL
DEL SEXO Y DEL
EROTISMO

HISTORIA MEDIEVAL
DEL SEXO Y DEL
EROTISMO

ANA MARTOS



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: Historia medieval del sexo y del erotismo
Autor: © Ana Martos

Copyright de la presente edición: © 2008 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Universo Cultura y Ocio
Diseño del interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9763-568-4

Índice

PRÓLOGO	13
CAPÍTULO 1	
LA EDAD MEDIA NO FUE SOLO APOCALIPSIS Y OSCURANTISMO	15
Un vistazo a la Edad Media	17
El sueño romano	17
Bajo la bandera del Islam.....	22
El señor, el campesino y el artesano	23
Dios lo quiere	25
Los cuatro jinetes del Apocalipsis.....	27
La ciencia sometida.....	29
Martillo de los Brujos	32
Pero la Edad Media fue algo más	35
El pleito del que lo tiene dentro	37
CAPÍTULO 2	
ENTRE LA RELIGIÓN Y EL INMOVILISMO	43
Una avanzadilla en el camino de la razón.....	46
El peso de la autoridad de Aristóteles	46

La mente desconcertada	48
Las escuelas monásticas.....	54
Las madrasas	56
Discusiones medievales	58
El ábaco contra el algoritmo	61
Un albergue para las almas	66
Todos contra Averroes.....	67

CAPÍTULO 3

EL HOMBRE ENVUELTO EN EL COSMOS.....	71
Folklore médico y religioso	72
Remedios mixtos.....	76
La herencia grecorromana.....	78
Hipócrates de Cos	82
Los fluidos de la vida.....	83
En la salud y en la enfermedad	88
Aristóteles	92
Galeno <i>dixit</i>	92
Capas largas contra capas cortas.....	96
La Civitas Hipocrática	101
Anatomía del cerdo	103
Constantino el Africano	105
Un médico que nunca ejerció.....	107
Espíritus y vapores.....	110
Ismael e Israel	112
Oración del médico hebreo	113
Cuando la Luna cruza el signo de Piscis.....	116
Pero Alá es el más sabio.....	121
La medicina en al-Ándalus	125
No solo comadronas.....	128

CAPÍTULO 4

EL ENIGMA DE LA GENERACIÓN	133
Higiene del coito	136
La polémica del hueso peniano	139
El misterio de la fecundidad	144
La cuestión de la génesis del esperma	147
El asiento de la lujuria.....	152
Una gota del cerebro	154
Un residuo finito e irremplazable.....	156
Debate sobre la concepción	157
Trastornos de la eyaculación y su terapéutica.....	158
Tipología para el coito	162
Cuando el precioso líquido se corrompe.....	163
La disputa del derecho y el izquierdo	167
La síntesis andalusí	174

CAPÍTULO 5

LAS DOS SEMILLAS DE LA VIDA	177
La incógnita de la feminidad.....	179
Teoría de los dos espermatozoides.....	182
Un varón falto de hervor	186
Siete cámaras para siete fetos	189
Un semen aguado	195
El alma del embrión	196
Una explicación para los antojos	201
Teoría de la leche materna	202
Morbo hermafrodita	204
La madre o el hijo	205
El parto múltiple	206
Una cosa divina.....	208
Teología del esperma	210

CAPÍTULO 6

INSACIABLE Y TRECE VECES IMPURA	215
El mito de la vagina dentada	218
La sangre infecta	222
Las sentinas del cuerpo	224
La fábrica de alimento	225
Un huerto con flores.....	229
La Maestra de Salerno	230
Una fábrica de veneno	233
Los sentidos del alma.....	235
El mito de la Doncella Venenosa	237
Un animal hambriento y enfurecido	240
<i>Eppur si muove</i>	244
La mano que cura.....	249
La mítica histeria.....	252
El esperma de Satán	255
Monjas convulsas, endemoniadas y estigmatizadas	257

CAPÍTULO 7

ARTE AMATORIA MEDIEVAL	261
Cuando el pene se rebela.....	262
La dulzura del pecado	267
Teoerotismo.....	269
Un modelo imposible.....	272
Perjuicios y beneficios de la lujuria	278
La atracción del incesto	279
La higiene y otras costumbres execrables.....	282
Invención del amor	285
La mujer liberada	287
Un freno para la concupiscencia	290
La lascivia del laúd	292
Las extraordinarias cualidades de la leche de sirena	296
La ley del coño.....	297
La amada inalcanzable.....	299

El canto llano	304
La mujer diosa.....	305
Tribunales de amor en Aquitania	305
Un catecismo del amor.....	309
El amor heroico como resultado	311

CAPÍTULO 8

EL DERECHO AL ORGASMO	317
Los prepucios de la matriz	319
La patética justificación del orgasmo.....	324
El discurso médico se erotiza.....	327
El placer será maravilloso, si Dios quiere.....	330
Un caimán macho y virgen	333
Los juegos eróticos de Avicena.....	336
La postura de nubes y lluvia	337
La gloria de enseñar el erotismo	338
Un riesgo para los días de vino y rosas.....	341
Dos cordobeses frente a frente.....	343
Nos esforzamos en ser fieles a la verdad	344
Averroes contra todos.....	348
Violación, prostitución y adulterio.....	349
Se agría la polémica	351
La próstata femenina.....	352
Jaque al placer femenino.....	355
Los retruécanos de Alberto Magno	358

CAPÍTULO 9

CUANDO LA CIENCIA DESBANCÓ A LA RELIGIÓN.....	361
La triple misión del espermatozoides.....	364
El dinero, de golpe; la mujer, a plazos	365
Entonces, la Filosofía se atrevió con todo	367
Una nueva teoría médica.....	371
Los misteriosos animálculos	372
La miniatura humana	374

Ovistas frente a espermistas.....	380
Todo procede del huevo	380
El resultado del coito conyugal.....	382
Otro nombre para la vieja querella.....	383
El arte de pecar con refinamiento	386
BIBLIOGRAFÍA	391

Prólogo

La querrela del esperma femenino fue una de tantas discusiones bizantinas que los sabios mantuvieron durante siglos, acerca de asuntos que eran entonces tan discutibles como la cuadratura del círculo, el heliocentrismo o la procedencia mística del Espíritu Santo.

Algunas, como la cuadratura del círculo (el círculo simboliza el cielo y el cuadrado la tierra) que se inició en el año 470 antes de nuestra Era y finalizó en 1882, duraron hasta que una de las partes enfrentadas pudo demostrar que su tesis era la acertada o que las demás eran las equivocadas. Lo mismo sucedió con la querrela del esperma femenino y, lo mismo, como todos sabemos, acaeció respecto al heliocentrismo frente al geocentrismo, respecto a la circulación sanguínea y respecto a tantos otros debates.

Otras discusiones, como las disputas sobre la procedencia del Espíritu Santo o el número de naturalezas o voluntades de Cristo, que han enfrentado a los teólogos cristianos de las distintas Iglesias durante siglos, resultan tan indemostrables que, en muchos casos, las distintas posturas permanecen encontradas y así permanecerán hasta el fin de los tiempos.

Lo interesante del debate que vamos a tratar en este libro no es solamente el motivo y los argumentos que se emplearon para discutir la existencia o inexistencia de un semen femenino, así como su función o su importancia dentro del proceso de la generación, sino que todo lo que rodea a esta discusión, los argumentos aportados, las ideas recogidas, los procedimientos seguidos, las explicaciones, los porqués y los distintos puntos de vista, sustentaron y continúan sustentando en muchos lugares y en muchas culturas una serie de planteamientos sin duda carentes de soporte científico, pero que tienen su base en aquella lejana cuestión.

Entre todos estos planteamientos encontramos tabúes que afectan a hechos tan naturales como la menstruación femenina o la masturbación masculina. Todos hemos oído mencionar, si no directamente al menos por referencias, la creencia de que la mujer que menstrúa tiene la capacidad de hacer morir una planta o que la masturbación masculina produce ceguera o reblandecimiento de la médula.

Tales creencias no se basan en argumentos científicos, ciertamente, pero sí tienen un origen y una base que en un momento de la historia de la Medicina se tomó por científica y real. Veremos, pues, quién inició tales creencias, en qué se apoyaron y cómo se transmitieron hasta llegar a nuestros días. Conoceremos también las connotaciones sociales que tuvo la prevalencia de las diferentes posturas, sobre todo en lo que concierne al derecho de la mujer al orgasmo, y cómo se resolvieron, aunque, como queda dicho, algunas de ellas incluso se han prolongado hasta nuestra tecnificada Era del Conocimiento.

Y sabremos algo que resulta de suma importancia para nuestro instante sociológico. Conoceremos las razones, los procesos y los métodos que convirtieron a la mujer en un ser inferior, y oprimido.

Capítulo 1

La Edad Media no fue solo apocalipsis y oscurantismo

Cuenta Gaston Paris que, hace muchos años, viajó un caballero desde Alemania al monte de la Sibila, por ver de cerca las maravillas que de allí se contaban. Al traspasar la puerta de cristal que daba acceso a aquel mundo admirable, recorrió bellísimos jardines y salones incomparables en los que elegantes y nobles damas y caballeros conversaban y disfrutaban de la hospitalidad de la reina.

Era aquel un paraíso en la tierra cuyos habitantes desconocían el dolor, no envejecían y se deleitaban continuamente con los amables placeres que las delicias mundanas procuran. A cambio, los viernes por la noche tenía lugar una aberrante ceremonia en la que todas las damas, incluida la reina, se encerraban fuera de la vista de los caballeros y se transformaban en terribles serpientes, para reconvertirse a la mañana siguiente en mujeres aún más bellas de lo que lo fueran la noche anterior.

Habiendo conocido nuestro caballero tal asunto, no le cupo duda alguna de que se encontraba en los dominios satánicos y que todos los goces que aquel lugar le venía deparando no eran más que la hermosa envoltura de los más espantosos pecados.

Decidió, pues, partir de allí y peregrinar a Roma, donde el Papa podría absolverle de tan tremenda culpa tras someterse a un ritual de arrepentimiento y penitencia.

La historia termina con una enseñanza moral, porque el papa se mostró remiso a perdonar al caballero y este, desesperado, regresó a aquel lugar abominable para la fe cristiana pero que tan bien le había recibido. Y cuentan que el papa decidió finalmente darle la absolución, pero que cuando quiso llamarle de nuevo a su presencia, ya el caballero había partido para siempre y que Dios hubo de pedirle cuentas de la pérdida de aquel alma, pues ningún papa puede negar el perdón a quien el Señor siempre perdona.

El relato anterior contiene los ingredientes que configuran lo que nos han contado, hemos leído y hemos soñado acerca de la Edad Media. Fantasía, sensualidad y religión. Es, sin duda, una etapa de la historia de la Humanidad que a nadie deja indiferente, por cuanto tiene de controvertida, de atrayente, de curiosa y de mágica.

Pensar en la Edad Media sugiere dos imágenes totalmente opuestas, pero de alguna manera ligadas en nuestro ideario: una dama blanca y luminosa, vistiendo alta toca y túnica de mangas flotantes, lánguida y gentil, sonriente y etérea, casi mística. Una dama objeto del amor cortés medieval.

Al otro lado, surge una imagen aterradora, dolorosa, oscura y maléfica. Es un cuadro visto mil veces que representa una escena de la Inquisición, una reunión de nigromantes bajo presidencia demoníaca o una procesión de flagelantes que despedazan sus carnes tumefactas en un acto de contrición por sus, quién sabe a juicio de quién, innumerables pecados. Una escena desgarrada de oscurantismo apocalíptico.

Estas y muchas otras situaciones fueron propias de la Edad Media. Algunas nos resultan más o menos familiares, pero otras son inesperadas. Unas y otras forman un mosaico variopinto que apenas alcanza a reflejar una parte de lo que debió ser aquella etapa de la historia de la Humanidad.

UN VISTAZO A LA EDAD MEDIA

De la Edad Media, sabemos con certeza que se inició tras el desmembramiento del Imperio Romano de Occidente, invadido y devastado por innumerables hordas de pueblos bárbaros que se lo repartieron para configurar nuevas fronteras y nuevos estados. Sabemos también que esta etapa terminó con el despertar de la Humanidad a la individualidad, a la crítica y a la alegría de vivir que trajeron el Humanismo y el Renacimiento.

La Iglesia cristiana resultó heredera del Imperio, porque consiguió aglutinar bajo su fe a todos los pueblos de Europa, al igual que al Oriente bizantino, aunque se desgajó en múltiples ramas encabezadas por diferentes doctrinas, cada una de las cuales consideró heréticas a las demás.

Como resultado, el mundo conocido se dividió en dos grandes bloques, Oriente y Occidente, separados por un profundo abismo cultural, económico, social y religioso. Más tarde, tras la invasión musulmana, ese mundo conocido se dividió de nuevo en otros dos bloques gigantescos, el cristianismo y el Islam, fragmentados a su vez en numerosas sectas y facciones.

Respecto al mundo “no conocido,” no vamos a ocuparnos de él en esta obra, excepto en lo que atañe a sus aportaciones a la cultura y al conocimiento científico. Solamente a ese respecto hablaremos en su momento de China o de la India. El mundo circundante de nuestra historia abarca únicamente Europa y la zona de Asia más próxima a ella, donde se instalaron numerosos pueblos divididos cultural y socialmente en las tres grandes religiones monoteístas: el cristianismo, el judaísmo y el Islam.

EL SUEÑO ROMANO

Todos aquellos pueblos bárbaros que un día llegaron a Europa, empujados desde sus anteriores asentamientos por otros pueblos en

expansión, impelidos por la necesidad de nuevos pastos para sus ganados o en busca de tierras más cálidas que sus heladas rocas del Norte, tuvieron en común la idea casi religiosa del Imperio Romano siempre presente en sus creencias y en sus objetivos.

El Imperio Romano fue para aquellos pueblos un referente a introyectar, a imitar o a absorber. Y la mejor forma de introyectarlo fue devorarlo, como dice Sigmund Freud que los miembros de las tribus ancestrales devoraron una vez el cadáver del patriarca para introyectar sus virtudes, su magia y su poder.

Igual que los pueblos primitivos devoraron el Tótem estableciendo la ceremonia de la comunión, los pueblos bárbaros devoraron el Imperio Romano que fue su tótem, su objeto bueno y su objeto malo.

Lo devoraron y se lo repartieron, pero no pudieron aprehender sus valores, es decir, no consiguieron resucitarlo, por más que gobernantes de la envergadura de Carlomagno o los Otones lo intentaran en numerosas ocasiones. Roma se había refugiado en Oriente y allí permaneció hasta que, de nuevo, las hordas de los bárbaros volvieron a invadirla, a devorarla y a repartírsela con la excusa de las Cruzadas.

La historia del abismo cultural, económico, religioso y social que separó a Oriente de Occidente se refleja en la crónica que un poeta del siglo VI nos dejó acerca de la audiencia que el emperador Justiniano concedió a los embajadores ávaros, llegados a Constantinopla en el año 558 para solicitar ayuda contra los turcos (resumido, *Gran Historia Universal*, tomo V):

“Cuando el príncipe benévolo hubo subido a su elevado trono y se hubo envuelto en sus vestiduras de púrpura, el chambelán de la corte divina anunció que los legados de los ávaros solicitaban el favor de ver los pies sagrados del clemente soberano. Los bárbaros, poseídos de admiración, contemplaban el vestíbulo y las inmensas salas y los guardias de talla gigantesca, veían los escudos de oro y levantaban los ojos hacia las jabalinas doradas cuyas puntas resplandecían y les parecía que los palacios romanos eran otro cielo. Cuando se abrieron las puertas que daban a los departamentos interiores y los techos de oro brillaron con todo su esplendor, el ávaro Targites levantó su

mirada hacia el César. Su cabeza estaba ceñida por una sagrada diadema resplandeciente.”

Y cuenta el cronista que los legados ávaros se prosternaron aterrados ante el emperador, postrándose cara al suelo para adorarlo. También dice que el pueblo de Constantinopla se echó a la calle para ver pasar a los ávaros y se sorprendió al ver el largo cabello trenzado y atado con cintas que lucían, aunque, respecto a su vestimenta, los equipararon con los restantes hunos, pues hunos eran para los romanos todas las hordas de ojos achinados que llegaron a Europa procedentes de las estepas asiáticas. Los otros bárbaros, los que tenían barbas rubias o rojizas y piel clara recibieron el nombre genérico de germanos, un nombre que Julio César dio a todas las tribus situadas al otro lado del Danubio, para distinguirlas de las que se habían establecido anteriormente en las Galias.

Como heredero de Roma, el Imperio Bizantino atrajo la admiración, el deseo y la envidia de otros pueblos bárbaros. Los búlgaros, por ejemplo, soñaron con construir un imperio búlgaro-bizantino y los rusos, tras numerosos ataques e intentos fallidos de invasión, se aliaron con Bizancio para siempre y se hicieron bautizar masivamente a cambio de un título de duque y la mano de una princesa para su caudillo.

Claro está que el bautismo no implicaba la adopción de la fe cristiana, pues tanto en la órbita de la Iglesia de Oriente como en la de Occidente, los pueblos bárbaros bautizados continuaron creyendo en sus dioses ancestrales y practicando sus ceremonias paganas perfectamente compaginadas con los ritos cristianos. Los francos, por ejemplo, tanto en la época merovingia como en la carolingia, comulgaban en la misa cristiana por la mañana y por la tarde ofrecían a sus dioses la cena del caldo de caballo, que era su ceremonia de comunión ancestral. En realidad, fue prácticamente en el siglo XIV cuando el cristianismo consiguió profundizar en las gentes y convertirse en religión popular.

Los bárbaros más evolucionados que ocuparon el Imperio Romano fueron los godos, pues ya tenían un sistema monárquico estable, al menos todo lo estable que podía ser en aquellos tiempos de luchas y traiciones. Ellos también admiraron a Roma y la imitaron en

todo lo que les fue posible. Teodorico, que fue el primer rey godo de Italia, vistió con orgullo la toga romana por sugerencia del emperador bizantino Zenón y tuvo por consejeros a dos romanos tan ilustres como Boecio y Casiodoro.

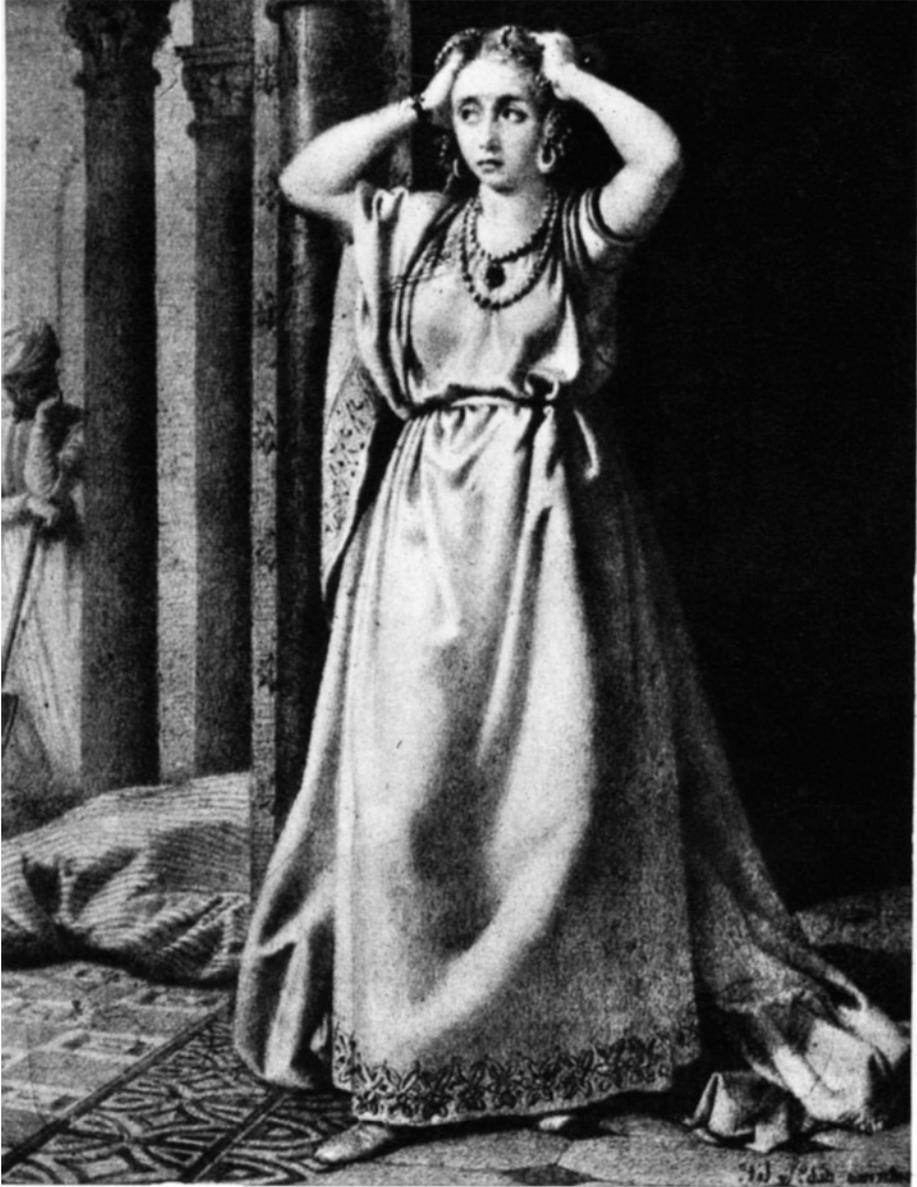
En tierras españolas se produjo un caso ejemplar de este interés por emular al Imperio. La viuda de don Rodrigo, Egilona, se casó con el hijo del moro Muza, Abd-el-Aziz, virrey de al-Ándalus, y le intentó convencer para que adoptase la ceremonia bizantina de adoración al emperador que hemos leído anteriormente. Sin embargo, no era posible adorar a un rey en tierras musulmanas, ya que el *Corán* dice bien claro que solamente hay que adorar a Dios.

Pero ya se sabe que cuando una mujer tiene claro su objetivo, no renuncia a él fácilmente y Egilona estaba firmemente decidida a implantar en su corte musulmana de Sevilla el ceremonial de prostración ante el rey que Leovigildo había instaurado en la corte goda de Toledo, como parte del proceso de romanización.

En Bizancio, el emperador era representante de Dios en la Tierra y todo cuanto le rodeaba se consideraba sagrado, tan sagrado como los objetos de un templo, y su sacrosanta persona se mostraba velada y mayestática ante sus súbditos, como hemos visto en la crónica anterior de Justiniano. Los godos no habían llegado a tanto, pero sí mostraban sumisión y adoración ante sus reyes.

Y comoquiera que el recto virrey se negara espantado a emular a los emperadores bizantinos, a los que sin duda tenía por paganos e idólatras, la señora Egilona ideó una ingeniosa estratagema para conseguir su propósito. Si los visitantes no se postraban cara al suelo a adorar a su esposo, al menos se inclinarían profundamente al acceder a su presencia.

El invento de la reina goda consistió, *grosso modo*, en una puerta de acceso al aposento del príncipe, más baja que la estatura normal de una persona, lo que obligaba al visitante a entrar encorvado y con la cabeza inclinada. Lógicamente, una vez dentro del recinto, el visitante enderezaría totalmente su postura, pero ella se hacía la ilusión de que habían rendido a su esposo el homenaje romano de *adoratio*.



La viuda de don Rodrigo, Egilona, se casó con el virrey de España, Abd-el-Aziz.
Su interés por emular el protocolo bizantino le costó a su marido
la vida y, a ella, el trono.

También consiguió Egilona convencer a Abd-el-Aziz para que luciera una corona real, cosa a la que él, en principio, se negó por no contravenir la ley coránica, pero al menos aceptó, ante los ruegos persistentes de ella, en tocarse con una diadema en la intimidad. Y aquello les costó a él la vida y a ella el trono, porque una aristócrata visigoda casada asimismo con un jefe musulmán quiso que su esposo emulase a Abd-el-Aziz y declaró haberle visto lucir la diadema a pesar de la prohibición del *Corán*. El asunto de la corona junto con el de la inclinación obligada por la puerta baja llevó a los restantes jefes a creer que el príncipe se había convertido al cristianismo, se lo hicieron saber al califa y este envió un sicario encargado de acabar con su vida en el momento más propicio, que se presentó aquel mismo año 716, mientras Abd-el-Aziz oraba en la mezquita.

No sabemos en realidad si hubo un objetivo secreto tras la insistencia de Egilona que costó la vida a su esposo, aunque las leyendas cristianas aseguran que realmente se convirtió al cristianismo. Solo sabemos que él murió y que ella desapareció de la escena. También sabemos que un romance describe el puñal ensangrentado en la mano de Habib, íntimo amigo de Abd-el-Aziz, obligado por el califa a ejecutar al que, por un capricho de su esposa cristiana, creyeron traidor a la fe y a la ley.

BAJO LA BANDERA DEL ISLAM

En el siglo VII, igual que el cristianismo había hecho de aglutinante para reunir bajo su fe a todos aquellos pueblos llegados a Europa, un mercader de Arabia llamado Mahoma había conseguido reunir las hordas y tribus de aquel país pobre y sin unidad política bajo la bandera de una nueva fe, el Islam, que predicó en nombre de Dios y por revelación del arcángel Gabriel.

Unidos por la doctrina de Mahoma, que se declaró descendiente directo de Ismael, los musulmanes se expandieron por el Mediterráneo en busca de lugares similares geográfica y climatológicamente a

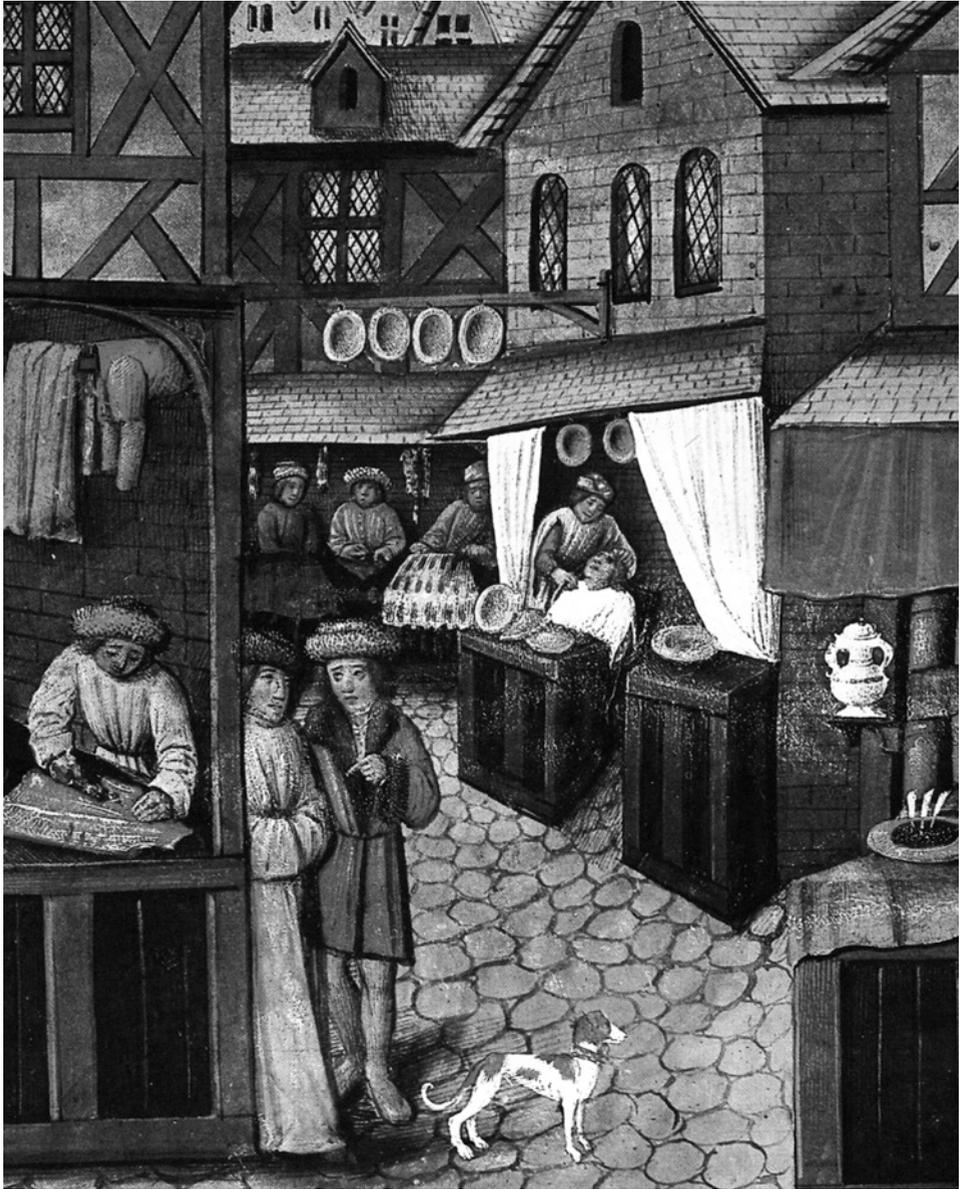
los de su punto de origen, estableciéndose principalmente en ciudades donde desarrollaron su arte, su cultura, su literatura y su ciencia.

En su camino hacia Europa, los musulmanes recogieron la herencia de los clásicos, toda la ciencia, la filosofía, la medicina, la literatura que el mundo clásico legó a la Humanidad y que se había refugiado en Oriente a salvo de la barbarie occidental, la tradujeron al árabe y la llevaron consigo para devolverla a Europa, donde los traductores políglotas la tradujeron de nuevo al latín, previa revisión eclesiástica encaminada a realizar las necesarias reformas para cribar posibles herejías contenidas en tanto escrito antiguo y pagano. Conviene saber que también los musulmanes habían revisado previamente la obra de los clásicos con la misma finalidad, antes de traducirla definitivamente al árabe.

EL SEÑOR, EL CAMPESINO Y EL ARTESANO

También sabemos cómo era la sociedad en la Edad Media, porque quien más y quien menos ha leído u oído acerca del sistema feudal. En el siglo IX no había más que dos clases sociales, libres y esclavos, pero ya en el siglo XI la sociedad se había jerarquizado y existía una clase noble formada por caballeros que disfrutaban de determinados privilegios y otra clase plebeya de campesinos, divididos en libres y esclavos. Hemos visto en las películas a los caballeros viviendo en castillos y a los campesinos viviendo en chozas. Más adelante, en las ciudades, surgiría una nueva clase, la de los artesanos que se llegaron a organizar en gremios, dando origen a los primeros sindicatos.

Los castillos eran conjuntos de fortificaciones con territorios en los que habitaban varias familias. Los caballeros se educaban para la guerra, que había de hacerse a sangre y fuego pues no se comprendía otra manera de luchar, y también se preparaban para la caza, aprendiendo además ideas morales y religiosas. De niños, los caballeros se trasladaban al castillo del señor de nivel social superior al suyo, donde se educaban compartiendo juegos, educación e incluso cama con los



En la Edad Media la sociedad estaba jerarquizada con clases sociales bien diferenciadas. El caballero vivía en el castillo, el artesano en la ciudad y el campesino en el campo.

hijos del señor, a lo que contribuían con pequeños servicios como limpiar las armas o llevar el escudo, de donde nació el concepto de escudero. En cuanto a la educación de las niñas, la comentaremos próximamente siguiendo los textos de Felipe de Novara.

Aparte de la guerra y la caza, el entretenimiento más deseado era el combate en torneos, que congregaba a ricos y pobres, a señores y a escuderos, a caballeros y a damas, a negociantes y buhoneros en lugares al aire libre, donde se llevaban a cabo los torneos que eran, más que un deporte, una forma de prepararse para la guerra.

DIOS LO QUIERE

La Edad Media fue una época teocrática cuyo pensamiento estuvo impregnado de Dios, del dios de las tres religiones monoteístas del mundo que hemos llamado conocido: el cristianismo, el judaísmo y el mahometismo.

Entonces, las dos luminarias del mundo cristiano eran la Iglesia y el Imperio, sin los cuales no era posible la subsistencia del mundo. Ambas instituciones fueron los pilares de la vida medieval, como la madre y el padre son los pilares de la vida infantil. Por tanto, hay que entender el desgarró de la sociedad ante las interminables y sangrientas luchas que mantuvieron el papado y el Imperio a partir del siglo XI, siempre en pugna por el poder místico y por el poder político, siempre enfrentados y siempre esperando cada uno el momento de mermar el poder del otro.

En la Edad Media todo era obra de Dios, desde la elección de un papa o de un gobernante hasta el resultado de cualquier discusión o pelea. Por eso, los asuntos se dirimían en el llamado juicio de Dios, pues era Dios quien señalaba al vencedor. Recordemos que el grito de guerra de los cruzados, cuando se reunieron en Clermont-Ferrand y acordaron partir a rescatar los Santos Lugares fue “¡Dios lo quiere!”

Rebasada la etapa de barbarie en que el derecho se basaba en la ley del Tali3n, es decir, en la venganza privada o desquite, le Edad

Media alcanzó la etapa teocrática, en la que la justicia procedía de las ordalías o pruebas divinas. Para comprobar la inocencia de un acusado, por ejemplo, se le sometía a una situación cuyo resultado dependía de Dios. Así, para comprobar si un acusado mentía, se le hacía tocar con la lengua una espada al rojo vivo. Si se quemaba, era mentiroso. Si no se quemaba, Dios ponía de manifiesto su inocencia. Y no era raro que dos oponentes entrasen en una hoguera y que aquel que resultase ileso fuera considerado poseedor de la razón.

En la Edad Media, todo sucedía porque Dios quería. Un señalado moralista del siglo XIII, Felipe de Novara, afirmó que las mujeres tenían gran ventaja sobre los hombres, puesto que Dios quería que el hombre fuera al mismo tiempo liberal, cortés, atrevido y sensato, mientras que la mujer solamente tenía que ser honesta, entendiéndose por honestidad la salvaguarda de su cuerpo, que había de mantener a buen recaudo por encima de todo. Evidentemente, era Dios quien quería que la mujer se comportara de tal suerte. Asimismo era Dios quien determinaba que las mujeres fueran sumisas y obedientes, que aprendiesen a hilar y coser y todo lo necesario para la economía doméstica, pero no debía enseñarse a leer ni a escribir a las niñas a menos que se las destinase al convento. Es evidente que la Iglesia había sabido convencer al mundo occidental de que era sobradamente capaz de interpretar en cada momento la voluntad de Dios.

Leer y escribir era entonces cosa de religión, porque solamente los clérigos debían saber escribir para escribir latines, mientras que los laicos, si tenían un elevado nivel social, debían aprender a leer para poder leer por ellos mismos las Sagradas Escrituras. Pero únicamente los varones, ya que las mujeres, si aprendían a leer, era muy probable que dieran en leer cosas dañinas para la salud de su alma, como cartas de enamorados o textos pícaros de los que entonces proliferaban.

Eso no significa que no hubiera mujeres letradas, como María de Francia, Roswita de Gradesheim o Hildegarde von Bingen. Pero eran excepciones que se saltaban alegremente las prohibiciones divinas, siempre apoyadas por algún varón generoso y condescendiente. Esto sucedía en Occidente, porque en Oriente, las mujeres bizantinas (las nobles, claro

está, no el pueblo) recibían una refinada educación, hablaban idiomas, aprendían Filosofía y Retórica y adquirían una gran cultura.

LOS CUATRO JINETES DEL APOCALIPSIS

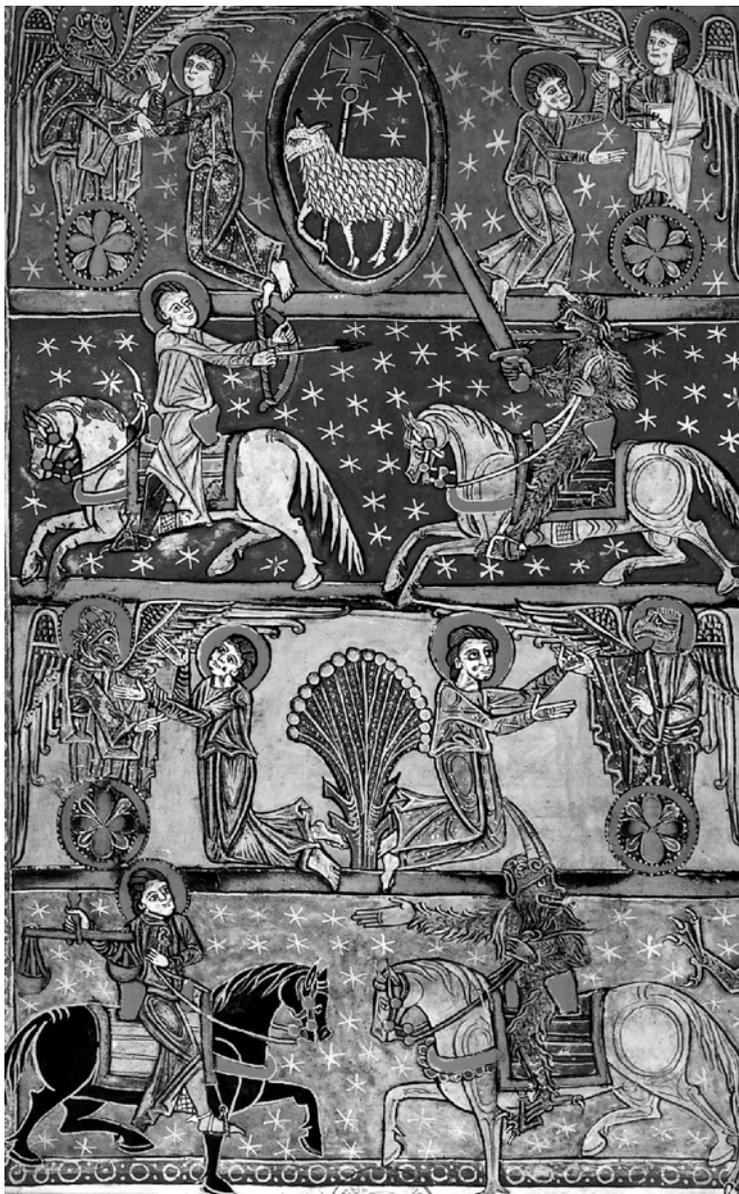
La llegada del año 1000 señaló una época apocalíptica de profecías del fin del mundo y catastrofismo generalizado que confirmaron la doctrina del Milenarismo, según la cual Cristo vendrá a reinar a la Tierra mil años antes de su último combate contra Satanás. Los precursores de su llegada serán la desaparición del Imperio, el Anticristo y el fin del mundo. Recordemos que también se dieron algunos movimientos milenaristas a la llegada del año 2000.

La alta Edad Media conoció de cerca el espanto de contemplar a los cuatro jinetes del Apocalipsis cabalgando libremente por Europa con hambrunas generalizadas, epidemias mortales y guerras continuas. Una situación que empezó a mejorar a partir del siglo XI.

En la baja Edad Media, cuando ya todo parecía superado, se produjo el derrumbamiento de la economía agraria, que, unido a un incremento de población y a una situación climática desfavorable, abatieron el hambre sobre el campesinado. Y la población, mal alimentada, no opuso gran resistencia al segundo jinete apocalíptico, la peste negra, que se extendió por Europa desde Crimea, adonde llegó a bordo de un barco genovés.

Por otro lado, Francia e Inglaterra mantuvieron una larga guerra, llamada la Guerra de los Cien Años, que no fue precisamente una guerra situada en la costa o en el mar, sino una sucesión desordenada e intermitente de guerrillas de desgaste, emboscadas y golpes de mano, pillaje, saqueo y cabalgadas destructoras, que dieron al traste con el espíritu caballeresco.

La muerte, el cuarto jinete, llegó cabalgando de la mano de la Inquisición, que patrocinaba matanzas de musulmanes, judíos, luciferinos, cátaros y albigenes. A diferencia de otras masacres, estas se denominaban “cruzadas” y se veían premiadas por la condonación de



En la Edad Media, los cuatro jinetes del Apocalipsis cabalgaron sobre el mundo occidental. El cristianismo, que se había desprendido siglos atrás de su etapa apocalíptica, la retomó para aumentar el poder místico de la Iglesia sobre los laicos.

cientos y miles de años de penas en el Purgatorio, pues quienes en ellas intervenían, no como víctimas, sino como verdugos, eran merecedores de participar del inmenso tesoro legado por la sangre de Cristo y de los mártires y que hábilmente administraba la Iglesia: las indulgencias.

LA CIENCIA SOMETIDA

“Los griegos han sido vencidos“. Así empieza el sura XXX del *Corán*, que llama griegos indistintamente a los macedonios de Alejandro Magno, al Imperio Romano de Occidente y de Oriente y a los griegos del Bajo Imperio. No obstante, en ciudades tan importantes como Bagdad, Damasco y Córdoba, pronto surgieron intelectuales que se dedicaron a copiar los textos griegos y empezaron a considerar la idea de traducirlos al árabe, aunque para ello tuvieran que agregar numerosos vocablos nuevos a su lengua que era entonces muy concisa y primitiva.

El pensamiento científico que surgió en Grecia y se propagó al periodo helenístico, de donde fue absorbido por Roma, empezó a decaer con el derrumbamiento del Imperio Romano de Occidente y arrastró su declive a lo largo de toda la Edad Media, para iniciar su recuperación a partir del Renacimiento y resurgir victorioso con la Revolución Científica y la Ilustración.

La filosofía medieval estuvo al servicio de la Teología, inundada de sofismas como el argumento ontológico de Anselmo de Canterbury, que pretende demostrar la existencia de Dios a partir de la comprensión de la idea de Dios, ya que esta implica su existencia. Es decir, la comprensión intelectual de la idea de Dios, que es su esencia, presupone su existencia. Y este argumento solamente es aplicable a Dios porque es el único cuyo ser es el existir, es decir, cuya esencia se identifica con su existencia.

La especulación y el sofisma se adueñaron del pensamiento medieval, eliminando los caminos científicos que se basan en la experiencia, en la observación y en la razón, caminos estos que quedaron

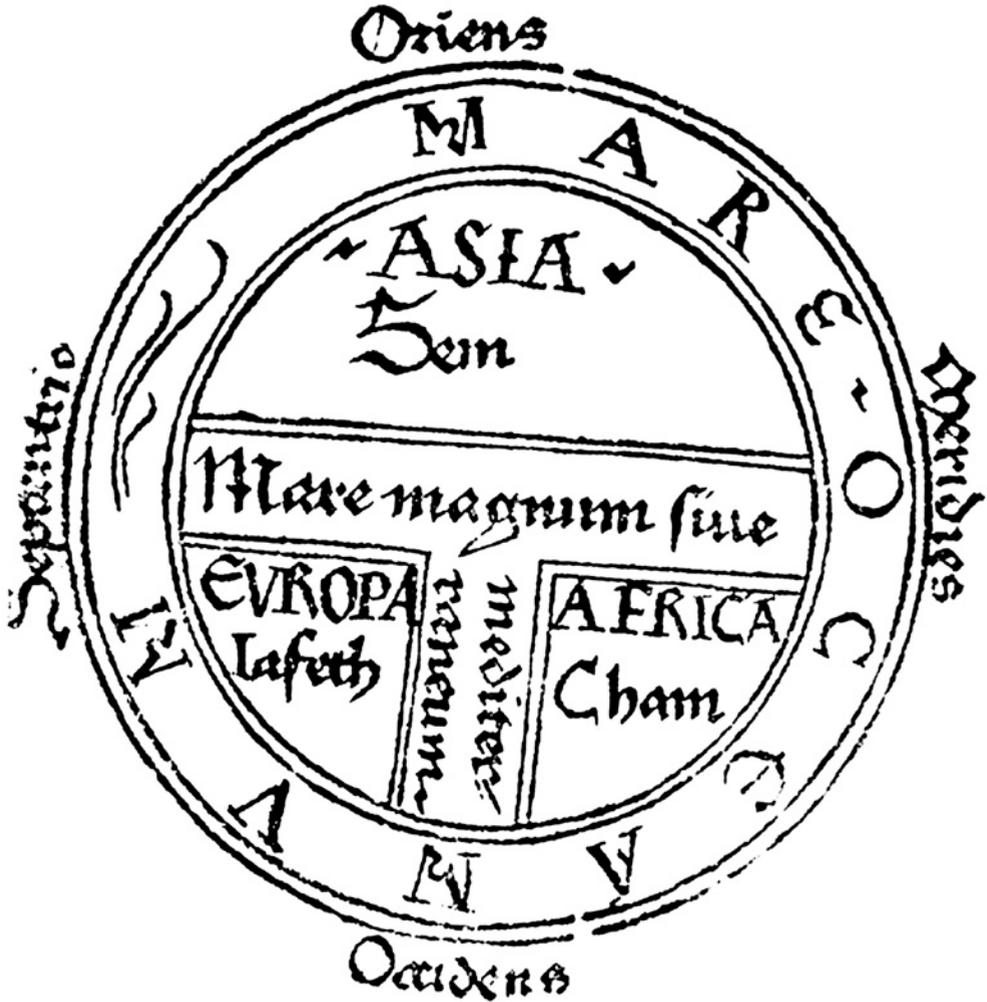
totalmente desvalorizados frente a la fe. Esto se debió a que la fe se irguió como la única vía de salvación frente a las catástrofes naturales y a las circunstancias desastrosas que las ciencias anteriores a la Edad Media no habían sido capaces de controlar.

El hombre medieval percibió la realidad como un conflicto irresoluble entre el bien y el mal y lo percibió irresoluble porque él mismo lo llevaba dentro y sabía que no existía solución alguna. El hombre se ha debatido siempre entre el principio del placer y el principio de la realidad, entre sus impulsos instintivos y las cortapisas que la sociedad le impone, entre sus deseos y los sentimientos de culpa o el temor al castigo a que tales deseos le enfrentan. Esto, agudizado por una filosofía restrictiva y catastrofista, se convirtió en angustia existencial que solamente podía paliarse con la esperanza de una vida mejor tras la muerte, es decir, con la fe.

Y este pensamiento teológico, especulativo e irracional se extendió asimismo a la ciencia y a todos los terrenos del conocimiento, sustituyendo el razonamiento lógico de la investigación por la atribución de características mágicas, poderes sobrenaturales o situaciones inamovibles determinadas por seres escatológicos.

El pensamiento mágico teocrático convirtió los procesos lógicos científicos de los antiguos filósofos como Pitágoras o Aristóteles en procesos mágicos oscurecidos por la sinrazón. Dado que no había nada que investigar, era necesario aceptar los resultados de las especulaciones de quienes se erguían como maestros inapelables. El pensamiento científico quedó, pues, arrinconado en espera de un despertar que no había de llegar hasta unos siglos más tarde.

Por fortuna, hemos visto cómo el mundo musulmán realizaba recorridos similares a los del mundo cristiano y eso salvó a la ciencia de su liquidación definitiva. Mientras que el Occidente cristiano anulaba toda posibilidad de investigación o de experimentación científica para aceptar ciegamente las propuestas de la Teología, los musulmanes, que previamente habían rechazado la ciencia de los griegos, se volvieron un buen día hacia ella con curiosidad e interés.



Los dibujos y mapamundis medievales dibujan la Creación, pero no el mundo, y muestran el océano periférico que supuso Herodoto, con los tres continentes a un lado y un mar interno en forma de T, porque los antiguos supusieron que el mar es el límite natural de la tierra.

MARTILLO DE LOS BRUJOS

La brujería, tal como la conocemos, fue un invento medieval porque el cristianismo convirtió a los paganos y a los herejes en brujos, equiparando las prácticas paganas a las prácticas diabólicas, toda vez que los dioses, aquellos dioses antiguos que una vez significaron la paz y el bienestar de Roma, fueron transformados en demonios y no precisamente en daemones griegos, sino en verdaderos demonios cristianos.

El cristianismo surgió del paganismo y del judaísmo, tomando creencias de uno y otro y adecuándolas a la nueva fe¹ y por ello, mantuvo durante siglos una lucha encarnizada contra los que podían recordarle que sus creencias habían sido heredadas o simplemente arrebatadas a los paganos o a los judíos. Y es posible que de ahí surgiera la necesidad imperante de la Iglesia cristiana de eliminar todo rastro de paganismo que, una vez convertido en brujería, fue, con el judaísmo, el principal objetivo de las persecuciones y de la Inquisición.

El primer objeto del Santo Oficio fueron los cátaros y otras sectas religiosas derivadas de los gnósticos y maniqueos, que venían disputando la verdad teológica desde los siglos III y IV a la Iglesia de Roma. La Inquisición cumplió un doble cometido, al silenciar todas las ideas disidentes y eliminar a cuantos pusiesen en peligro la unidad religiosa y política del Estado, que en aquellos tiempos era una sola. Era imprescindible que todos actuasen y pensasen como había que actuar y como había que pensar para evitar rupturas y revueltas.

Los brujos fueron el chivo expiatorio de todas las desigualdades sociales, de todas las desgracias acumuladas por las clases bajas en la Edad Media. Frente al “Dios lo quiere” surgió el “la culpa es de una bruja” y tanto la Iglesia como el Estado se apresuraron a volcar la culpa de todos los males sobre demonios con forma humana o personas captadas por los demonios. De esta forma, las injusticias sociales y las calamidades derivadas de la política cayeron sobre la cabeza de los acusados de brujería.

¹ A este respecto véase mi libro *Pablo de Tarso, ¿apóstol o hereje?*, publicado por Nowtilus en 2007.



Malleus Maleficarum o Martillo de los brujos. Una obra escrita por dos inquisidores alemanes que tuvo una enorme difusión en el siglo XV, en el que se vendieron más de diecinueve ediciones en un tiempo en el que poca gente sabía leer.



El fanatismo religioso retardó y enmascaró considerablemente la entrada del Renacimiento en España. En el siglo XV, mientras países como Italia se iluminaban y abrían al resurgimiento del individualismo y la cultura, España se sumía en un mar de horrores, de sangre y de persecuciones religiosas.

También fue una forma de descargar a Dios de culpas, cuando los rezos eran insuficientes para curar una enfermedad o para levantar una cosecha arruinada. La culpa era de las brujas. Así surgieron acusaciones, sospechas, persecuciones y juicios temerarios que llevaron a la tortura y a la hoguera a miles de personas.

El siglo XV convirtió la brujería en una epidemia, en una tremenda plaga que azotó Europa hasta el siglo XVIII. Todo su siniestro saber está contenido en *Martillo de los Brujos*, un libro escrito por dos inquisidores alemanes, Institoris y Spenger, que gozaron de patente de corso eclesiástica para perseguir, torturar, castigar y matar a quienes rozaran, aunque fuera sutilmente, el mundo de la brujería. Señala esta obra las siete formas de brujería que, naturalmente y por venir de quienes vienen, se relacionan siempre con la sexualidad:

Entregarse a la fornicación y al adulterio; satisfacer el deseo sexual sin intención de procrear; volver impotentes a los hombres; castrar y esterilizar; practicar la sodomía y la homosexualidad; recurrir a la contracepción; abortar o hacer abortar; sacrificar niños.

PERO LA EDAD MEDIA FUE ALGO MÁS

Pero la Edad Media fue algo más que apocalipsis y oscurantismo. Los trovadores medievales inventaron situaciones sociales tan relevantes como el amor cortés y el erotismo creó el amor incendiario, la locura de amor y el amor heroico. La Edad Media no se quedó con el amor a secas ni con el amor maternal o con el amor conyugal, sino que comprendió y aceptó la grandeza del amor místico y del amor carnal, con frecuencia, todo en uno.

Conoció también un momento de eclosión de las ciencias, de las artes y de las letras, impulsada por la fusión de tres culturas, musulmana, judía y cristiana, sublimadas en la ciudad más grande del mundo occidental, la más importante, la más rica y la más culta: Córdoba.



La Torre de la Calahorra en Córdoba ofrece al visitante un testimonio vivo de la que fue la ciudad más grande, más rica y más culta del mundo medieval.

EL PLEITO DEL QUE LO TIENE DENTRO

La Edad Media no solamente se representa por leyendas como la del monte de la Sibila que inicia este capítulo, con sus ingredientes de fantasía, sensualidad y religión, sino por historias, discursos y poemas tan reales, tan laicos y tan llenos de picardía como de ingenio e incluso de obscenidad, como el que veremos a continuación y el que inicia el capítulo VII.

Como ejemplo, veamos el llamado *Pleito del manto*, conocido también como *Pleito del que lo tiene dentro*, un poema del siglo XV contenido en el *Cancionero de obras de burlas provocantes a risa*, que se incluyó en 1511 en la *Sección de burlas* del *Cancionero general*, compilado por Hernando del Castillo, aunque el poema fue expurgado más tarde por su procacidad y se suprimió en la segunda edición de 1514, parece que por orden del Inquisidor. Finalmente, el cancionero burlesco completo terminó por desgajarse de la compilación de Hernando del Castillo y el poema del *Pleito* pasó a formar parte de algunas antologías como el *Cancionero de amor y de risa* recogido por Joaquín López Barbadillo.

En un tiempo, se le atribuyó a Antón de Montoro, un judío converso conocido como el Ropero de Córdoba por su profesión de sastre, que fue autor de varias obras burlescas y picarescas del siglo XV.

Hay que hacer constar que este poema es español y que, aunque en el siglo XV Italia tenía ya abiertas de par en par sus puertas al Renacimiento merced al interés cultural de los papas y de los príncipes, España todavía se hallaba encenagada en las orgías sangrientas que promovían la superstición y el fanatismo religioso y que dirigía con mano inmisericorde el Tribunal del Santo Oficio, un derroche de sadismo que llevó al papa Sixto IV a dirigir una carta a los Reyes Católicos protestando contra la injusticia y la arbitrariedad de los inquisidores españoles². Resulta, por tanto, más sorprendente encon-

²La Inquisición española se estableció con el beneplácito del papa Sixto IV en 1480. Fue tan desmedida su actuación, que el pontífice envió una carta de protesta a los Reyes Católicos en 1482.

trar textos de esta índole en tierras españolas, algo que, de haber sucedido en Italia, hubiera resultado completamente normal.

Este poema relata el litigio que mantuvieron un caballero y una dama por la posesión de un manto de terciopelo que cubrió sus desnudeces en un momento de ardor pasional. Ardor que, una vez satisfecho, se trocó en pugna por poseer el citado manto.

Quien los cubrió con él fue un tercero que pasaba por la huerta en la que ambos se entregaban a su pasión y que, al extender sobre ellos el manto, les hizo saber que la preciosa prenda debía pasar a pertenecer a “quien lo tuviera dentro“ en aquellos momentos. La ambigüedad de tal declaración hizo que ambos considerasen merecer la propiedad de la prenda y que su querrela diese lugar a un proceso con juez, fiscal, abogados, sentencia y apelaciones.

Curiosa sentencia, por cierto, que castiga al carajo, es decir, al caballero, a pagar las costas del pleito y manda entregar al coño, es decir, a la dama, el manto objeto de la querrela. Curiosa porque el lenguaje judicial no menciona dama ni caballero alguno, sino que se refiere exclusivamente a sus órganos sexuales³, determinando que “en el coño se consuma pleito, costas y trabajo, hasta que salte la espuma por la punta del carajo”.

³De la misma forma, en varios lugares de la Andalucía actual, hombres y mujeres se invocan llamándose respectivamente "picha" y "chocho".

EL PLEITO DEL MANTO

El poema llamado Pleito del manto es un anónimo del siglo XV incluido en el Cancionero de amor y de risa, que compiló Joaquín López Barbadiello y publicó la Editorial Fénix de Barcelona hacia 1900. Fue reproducido en 1977 en facsímil por la Editorial Akal. Dice así (resumido):

Como ventura concierta,
 los que son enamorados
 estaban en una huerta,
 una dama descubierta
 y un gentilhomme abrazados,
 Y puestos en su agonía,
 sin pensar de conoscellos,
 por allí do se hacía
 acaesció que venía
 un hombre que pudo vellos,
 y volviendo por consuelo
 las espaldas sin temores,
 alanzó como por velo
 un manto de terciopelo
 encima d'estos señores.
 Y dijo sin más pasión:
 - Pues que hobe tal encuentro,
 y lo sufre así razón,
 do este manto en conclusión
 para quien lo tiene dentro.
 La señora no defunta
 y él con todo su quebranto
 están en porfía junta:
 es cuestión que se pregunta
 a quién pertenece el manto.

RESPUESTA de un caballero procurador del coño:
 Al bulto de la pregunta
 acuerdo de responder:

si la batalla está junta
sin la joya merescer,
y aunque desee el poder
d'este que nunca perdió,
no le quitaré el poder
que la natura le dio.
Pues este muy hondo mar
tal grandeza en sí contiene,
debe tener y anegar
cuanto a su potencia viene,
y así digo que conviene,
por razón muy conocida,
toda cosa que se tiene
d'otra mayor ser tenida.
Y si vos pensáis, señor,
que por ser miembro estendido
paresce más tenedor
en la verdad ser tenido,
pues mandad dar al hodido
este manto que le ofrecen,
que otros han merecido
tres clavos que le fallescen.

REPLICA el que preguntó:

Toda cosa que ha de entrar
y tenerse en otra dentro,
ha de ser que pueda estar,
para meter y sacar,
y que de gentil encuentro,
y de aqueste tal poder
no goza quien no se alza,
pues consiste en el meter
el poder para tener
como la pierna en la calza.
Y digo que no conviene

ser razón muy conocida,
por do el hombre se condene,
toda cosa que se tiene
de otra mayor ser tenuta,
pues que puede lo menor,
en materia de fornicio,
estar dentro en lo mayor
y el mayor sería error
que tomase ajeno oficio.

Y otra razón famosa
con que la verdad se sella
necesaria, no envidiosa:
aquel es dentro en la cosa
que entra con fuerza en ella,
de donde, señor, se va;
concluyendo en el debate,
que aquel manto como está
que se lieve y se le da
al cuitado que combate.

Tras preguntas y respuestas, argumentos y contraargumentos, veamos el FALLO JUDICIAL:

E por las leyes que entiendo
conformes a la potencia
entiendo de dar sentencia
por tribunal e sentencio,
en la cual a no mandar
e por derecho fundado
al carajo condenar
y al coño dar e donar
lo pedido e alegado
Y en el coño se consuma
pleito, costas y trabajo
hasta que salte la espuma
por la punta del carajo.

Hubo APELACIÓN del carajo condenado al juez, con argumentos que culminaron como sigue:

Aunque pese a San Hilario
o al procurado del coño,
vos, como fiel notario
me lo dad por testimonio
e al juez que sin trabajo
pronuncie tales razones
que le den por galardones
que se cague en el carajo
pues le quita los cojones

Rechazó el juez esta apelación, a la que siguieron otras y diversos escritos a favor del carajo agraviado. El COMENTARIO con que finaliza el poema dice así:

Ansí que por la sentencia
d'este manto que se dio
vos, carajo, habed paciencia
que el coño lo meresció
cuanto a razón y conciencia,
pues los cojones cuitados
cuya parte disimulo
no aleguen por esforzados
porque la marea del culo
los tiene desbaratados.